

Less is enough, o de la utopía de una lujosa pobreza

Luis Arenas Llopis
luis.arenas@uv.es

Para Emilio Santiago Muíño, cuya «lujosa pobreza» representa la utopía real más hermosa que podemos ofrecer a los que vengan detrás.

I

Se atribuye a Mies van der Rohe, el arquitecto de origen alemán que fuera uno de los mayores exponentes del modernismo arquitectónico, el famoso apotegma *Less is more*. «Menos es más» era el principio que no solo debía servir para comprender su propuesta arquitectónica sino, en buena medida, también para orientar el espíritu de toda una época de la que la Escuela de Artes de la Bauhaus en Weimar (de la que Mies fue el último director) aspiraba a ser un vibrante testimonio. Con esa fórmula Mies van der Rohe resumía el legado de uno de los momentos más emblemáticos de cierta modernidad artística. Su mensaje, sin embargo, puede dar lugar a equívocos. Bajo su aspecto aparentemente minimalista, una declaración como esa, «Menos es más», dejaba entrever, sin embargo, su compromiso inequívoco con una idea tan central al programa moderno de la Ilustración como es la idea de «progreso»: *menos* era, sin embargo y a pesar de todas las apariencias, *más*.

Por esas mismas fechas, en sus «Doce reglas para una nueva academia» de 1953, el pintor Ad Reinhardt –otro referente teórico y artístico del arte moderno en general y del expresionismo abstracto en particular– asumía el principio *Less is more* de Mies van der Rohe para el arte en su conjunto y añadía de manera muy significativa: «El arte comienza cuando nos deshacemos de la naturaleza» (Reinhardt, 1975: 203-207). En ese *más* de Mies van der Rohe y en ese *deshacerse de la naturaleza* de Reinhardt podemos ver condensada la lógica que define a la modernidad capitalista mejor que en muchos tratados de economía o historia política. Es ahí donde hunden sus raíces buena parte de nuestros problemas

actuales: en una sociedad construida de espaldas a sus vínculos con la naturaleza y que hasta en su versión minimalista exige siempre *más*.

Un par de décadas más tarde, en 1972, la respuesta de la siguiente generación de artistas al evangelio moderno no pudo ser más elocuente. En su famoso *Aprendiendo de Las Vegas*, el arquitecto Robert Venturi y sus compañeros de estudio (Venturi, Izenour y Scott Brown, 1978) propusieron sustituir ese eslogan de la modernidad arquitectónica *miesiana* por otro mucho más adecuado a los nuevos tiempos: *Less is bore* («Menos es aburrido»). De nuevo, es difícil condensar en un mensaje más breve y exacto todo lo que culturalmente supuso ese tránsito de la modernidad a la posmodernidad en lo cultural, en lo económico, en lo artístico y en lo filosófico: la crítica a la noción «progresiva» de la historia, la aceptación de la lógica del espectáculo como motor de la vida cultural, el reconocimiento desculpabilizado del final de toda utopía, el regreso paródico del aura de la obra de arte y la aceptación desacomplejada de la fusión de arte y mercado resuenan bajo ese «aburrimiento» moderno del que la propuesta posmoderna querría huir a toda costa.

2

Apenas es necesario decir que el presente que nos ha tocado vivir no es ya ni el de la seria y grave (pero a pesar de todo confiada) modernidad del capitalismo industrial ni el de la jovial e irónica (pero a pesar de todo descreída) posmodernidad que definió la lógica cultural del capitalismo tardío (Jameson, 1996: 23-84). Nuestro presente se sitúa en un tiempo diferente, el del canto del cisne de la civilización industrial y el amanecer de una nueva época. Este nuevo tiempo –ni moderno ni posmoderno *sino todo lo contrario*– estará atravesado por tres hechos amenazantes que determinarán de modo irreversible la forma de ese porvenir que tenemos como tarea imaginar. Esos tres hechos son, por un lado, la crisis ecológica (y todo lo que ella implica, desde el cambio climático hasta la pérdida de biodiversidad y sus consecuencias); por otro, el *peak of everything* (el pico del petróleo, del carbón, del gas natural, pero también de minerales como el cobre, el platino, el litio, y de otros materiales como arenas, fosfatos y tierras raras) (Almazán, 2021a) y, en tercer lugar, una desigualdad social, económica y política sin precedentes en la historia de la humanidad. Tres circunstancias que, lejos de ser independientes entre sí, se entrelazan en un complejo nudo que estrangula a nuestro presente y amenaza con cancelar toda posibilidad de porvenir. Para ver su urdimbre limitémonos a poner de manifiesto algunos datos, por lo demás bien conocidos.

Entre 1990 y 2015 (el período que podríamos denominar de «globalización álgida», cuando se consumió lo que Steffen denominó «la gran aceleración» que experimentó la economía global la segunda mitad del siglo xx) (Steffen, 2015:

81-98), el 1 % más rico de la población mundial fue responsable del 15 % de las emisiones de carbono en el planeta (OXFAM, 2020: 2). Eso significa que ese 1 % contaminó dos veces más de lo que lo hizo la mitad más pobre de la humanidad (responsable del 7 % de las emisiones). Si de media cada ser humano produce al año unas 6,5 toneladas de gases de efecto invernadero, ese 1 % más rico del mundo globalizado emite de media alrededor de 110 toneladas. Pero si en lugar del 1 % habláramos del 0,01 % (los más ricos de entre los más ricos), su huella ecológica asciende a 2530 toneladas por persona, casi 400 veces más que la huella de carbono del habitante medio del planeta (Chancel *et al.*, 2022: 134). En un vuelo espacial de 11 minutos (semejante a los que Jeff Bezzos o Richard Branson realizaron unos meses atrás) se generan 75 toneladas de carbono por pasajero, más de lo que cualquiera de los mil millones de personas más pobres emitirá a lo largo de toda su vida.

Según el informe anual de Oxfam Intermón sobre desigualdad, titulado «Las desigualdades matan» (2022), durante la pandemia los 10 individuos más ricos del mundo –cuyos nombres y apellidos podríamos seguramente recitar de memoria– han duplicado su fortuna, que ha pasado de 700.000 millones de dólares a 1,5 billones de dólares. En ese mismo periodo, los ingresos del 99 % de la humanidad han empeorado, y han sumido en la pobreza a 160 millones de personas más (OXFAM, 2022: 16). Según la Agencia Internacional de la Energía y el Bank of America, de aquí a 2050 se necesitarán 150 billones de dólares para detener la crisis climática. El 1,1 % más rico del planeta podría pagar eso hoy y les seguirían quedando 41,6 billones de dólares (7,5 veces más que al 55 % más pobre).

Según el Global Wealth Report de 2021 elaborado por Credit Suisse, en el año 2020, a pesar de estar sumidos en una pandemia mundial como la de la COVID-19, la riqueza global del mundo creció un 7,4 % y la riqueza por adulto aumentó de media un 6 %, lo que supuso un nuevo récord mundial: si el mundo tuviera un coeficiente Gini de 0 (es decir, si toda la riqueza mundial se dividiera en partes iguales entre la población adulta del planeta) a cada adulto le corresponderían 79.952 dólares. Sin embargo, la *mediana* de la riqueza por adulto (esto es, el valor que se encuentra en la mitad de la riqueza mundial) es de 7.552 dólares, una décima parte de esa cantidad. En la práctica, eso significa que el 1,1 % de la población mundial controla casi la mitad de la riqueza del planeta (el 45,8 %) frente al 55 % más pobre del planeta, que posee no más del 1,3 % de la riqueza del planeta.

Basta con esos datos para comprender algo que acostumbra a pasar desapercibido: el verdadero virus que amenaza con acabar con la civilización no será la COVID-19 en alguna de sus variantes: serán los ricos. En el último Foro de Davos celebrado en 2021, una de las invitadas, Ngairé Woods, decana de una escuela de gobernanza global en la Universidad de Oxford, declaraba entre sorprendida y preocupada lo siguiente: «La buena noticia es que las élites de todo el mundo

confían cada vez más entre sí [...] La mala noticia es que en todos los países en los que se hicieron encuestas, la mayoría de la gente confiaba menos en sus élites».

3

Propongo que el grito de guerra bajo el que habrá que guiar ese futuro que tenemos que imaginar (y que hemos de convertir en presente lo antes posible) sea necesariamente una variación de los eslóganes bajo los que Mies van der Rohe y Robert Venturi pensaron respectivamente la modernidad y la posmodernidad. Si tenemos algún porvenir como especie, será solo porque en el espacio civilizatorio del mundo desarrollado hagamos nuestro un lema que tenga la forma siguiente: *Less is enough*. Ese «Menos es suficiente» tiene por supuesto muchas declinaciones posibles, pero una de las más hermosas es la que quise invocar en mi título, que toma prestado el aparente oxímoron con que Emilio Santiago Muñio nombra ese horizonte revolucionario: un futuro de *lujosa pobreza*.

Ese «Menos es suficiente» en la práctica significará abrazar alguna variante de un programa que será decrecentista en lo material, pero habrá de ser *crecentista* en todo lo demás que nos viene arrebatando la obsesión por el aumento del PIB económico. Y sobre todo en relación con el factor que hace de las nuestras una de las sociedades más pobres objetivamente de entre todas aquellas de las que podemos tener registro histórico: el tiempo.

José Luis Pardo escribió una vez que «los hombres libres son quienes siempre tienen un rato» (Pardo, 2004: 113). De ser esto cierto, una sociedad opulenta en apariencia como la nuestra se vería enfrentada a la paradoja de ser una de las sociedades más oprimidas y autoexplotadas (si es que opresión es sobre todo falta de libertad) de las que guarda memoria la humanidad. La nuestra es una sociedad compuesta de personas que jamás *disponen de un rato* para sí y para todo lo que ellas consideran importante; personas que carecen de tiempo para cocinar su propio alimento, para cambiar los pañales a sus criaturas, para dormir y cuidar de los suyos, para reunirse y conversar o hacer el amor con la calma y la demora que estas actividades exigen. En un formidable *quid pro quo* que da la medida de la irracionalidad de la sociedad que hemos construido, en Estados Unidos la plataforma de voluntariado Mom2mom proporciona los servicios de madres voluntarias que cuidan de los hijos de las madres (muchas de ellas solteras) que no tienen tiempo de hacerlo a causa de sus horarios laborales.¹ ¿Su eslogan?: «¿Quién mejor que una madre para cuidar de tu hijo?» (Moruno, 2018).

1. <<https://mom2mom.us.com/>>.

4

La técnica –decía Ortega y Gasset– es el esfuerzo que el ser humano realiza para ahorrar esfuerzo (Ortega y Gasset, 1982). Y se preguntaba a continuación: ¿a dónde va todo ese esfuerzo ahorrado (esto es, todo ese tiempo) que el desarrollo tecnológico nos permite liberar? ¿Quién se apropia del tiempo que la técnica vendría supuestamente a liberar? Sorprende que una sociedad que ha conseguido multiplicar exponencialmente el desarrollo tecnológico desde la segunda revolución industrial del modo en que lo ha hecho la nuestra, no haya sido capaz de acortar la jornada laboral de las 8 horas, un logro sindical del que nos separan ya más de 150 años. Si algún día triunfaran las propuestas de quienes en nuestro país aspiran a reducir la jornada laboral de 40 a 32 horas a la semana, esto nos dejaría aún muy lejos de las cuatro horas de trabajo diario que son frecuentes en muchas de las sociedades primitivas.

Recordando este hecho, el antropólogo Marshal Sahlins, en su ensayo clásico de 1974 *Economía de la edad de piedra*, nos ponía ante los ojos algo evidente que sin embargo acostumbramos a olvidar, que «la escasez no es una propiedad intrínseca de los medios. Es una relación entre medios y fines» (Sahlins, 1983: 13). «No desear es no carecer». Bastaría invertir ese adagio para descubrir un espejo en el que mirarnos como sociedad: una sociedad que, como la nuestra, ha puesto su umbral de satisfacción en un número infinito de necesidades se ha condenado sin saberlo a instalarse en una pobreza perpetua, con independencia de la riqueza que sea capaz de acumular.

No sabemos qué forma debería tener una futura sociedad emancipada, pero lo que es seguro es que si algún día llega será porque haya convertido el acceso al tiempo en un bien tan de primera necesidad como el techo, la comida, la sanidad o la educación.

5

Pero ese *Menos es suficiente* implica ¿menos de qué? Con toda seguridad, menos riqueza material; pero también menos ansiedad psíquica; menos renta, coches y segundas viviendas, pero también menos estrés y más salud física y mental; menos turismo masivo, ropa basura, comida rápida y vuelos baratos; pero más tiempo para hacer aquello que suelen hacer los cuerpos cuando se les deja en libertad, que no es sino aquello a lo que invitaba la película de Ang Lee *Comer, beber y amar* en todas sus múltiples y variadas formas. Sorprende el apego que las naciones más desarrolladas le tenemos a un mundo donde es más probable morir por obesidad que por hambre y donde los más jóvenes tienen más probabilidades de suicidarse que de ser atropellados o asesinados.

Existe la tendencia en cierta izquierda a presentar el decrecimiento como el producto de una decisión política atravesada por una voluntad de sacrificio que asumiría sus renuncias a mayor gloria del bien del planeta o de las futuras generaciones. Me parece que presentar como una *privación* esta apuesta por el decrecimiento constituye un error de perspectiva. De entrada, porque todo sacrificio se pone del lado de lo que Spinoza llamaba las *pasiones tristes*, y con ello se piensa la generosidad como una renuncia, en lugar de pensarla como una virtud; como la pensó Descartes, por cierto, que hizo girar toda su moral definitiva en torno a este concepto:

Creo que la verdadera generosidad, que hace que un hombre se estime en el más alto grado que puede legítimamente estimarse, consiste solo, en parte, en que sabe que no hay nada que verdaderamente le pertenezca sino esta libre disposición de su voluntad, y que no hay nada por lo que deba ser alabado o censurado sino por el uso bueno o malo que haga de ello (Descartes, 2006: 143).

Pero sobre todo porque con ello se ignoran dos aspectos fundamentales de la cuestión. Uno es que el decrecimiento no será una *decisión política* que habrá que tomar. Será (es ya en realidad) un hecho físico y termodinámico inevitable y la única decisión política será la de establecer quién, cuánto y cuándo ha de decrecer, y si el reparto de lo que quede lo vamos a hacer a partir de una deliberación democrática o se impondrá, como todo parece indicar, bajo la ley del más fuerte. Y dos: en tal decisión no hay motivo alguno para la nostalgia. Si ese decrecimiento económico viene acompañado por una liberación del tiempo de trabajo para la vida, con ese decrecimiento ganaremos casi todos (o al menos ese 99 % en que me gustaría depositar mi fe en un *demos* cosmopolita).

Asumir ese programa decrecentista nos obligará, eso sí, a reconciliarnos con la finitud de una condición humana que la *hybris* de la modernidad habría olvidado y la miopía de la postmodernidad habría negado como un mero *efecto del discurso* y supondrá volver a cobrar consciencia del carácter situado, corpóreo y, por tanto, vulnerable de nuestra condición mortal. De entrada, volveremos a ser conscientes de lo que significa ser un cuerpo (Alba, 2017), de su fragilidad, eco-dependencia e interdependencia.

El programa está ya listo y es bien conocido. Consiste en tasar a los ricos, imponer un tope al salario máximo, implantar una renta básica universal que permita garantizar la satisfacción de las necesidades básicas, reducir drásticamente nuestro consumo de carne y limitar al máximo el transporte individual y los viajes en avión. Con ese programa tal vez tengamos futuro como especie sobre este planeta. Sin él, somos muchos los que sobramos.

Pero antes desde luego sería necesario abandonar los delirios tecnófilos (Almazán, 2021b), bien sea en su versión transhumanista o en su versión extraterrestre, y abrazar un mundo donde ya no sea necesario colonizar nuevos planetas o nuevos universos virtuales para continuar con la lógica extractiva que nos ha

llevado a arrasar la tierra, el único lugar –como decía Hannah Arendt– «capaz de proporcionar a los seres humanos un hábitat en el que moverse y respirar sin esfuerzo ni artificio» (Arendt, 1993: 4). Si alguien necesitaba una prueba de que el Metaverso de Zuckerberg no es sino el último intento de colonización –esta vez digital–, donde poder continuar la lógica de la acumulación de capital, la tiene ya en este hecho: desde hace poco ya es posible obtener una hipoteca para comprar bienes raíces en el Metaverso. Dan Reitzik, el CEO de la compañía TerraZero que las comercializa, lo justificaba así: «Todo el mundo gana. Los jóvenes que no pueden poseer propiedades en el mundo real en este momento ciertamente pueden poseer propiedades en el Metaverso».²

Contra esa lógica que trata de empujar la frontera de la autovalorización del capital un paso más, incluso a costa de crear mundos irreales donde poder seguir el expolio, ser lujosamente pobres consistirá en poder permitirse el lujo de no necesitar lo que ofrece un mundo de vacía hiperconectividad y de viajes espaciales, de criptomonedas y de *non fungible tokens*. La distopía que encierra esa huida del cuerpo real con su pesada gravedad a un universo digital y evanescente es la manera en que nuestra contemporaneidad tecnológica declina la enésima versión de la metafísica idealista que Occidente ha abrazado desde que Platón postulara el mundo de las Ideas como la verdadera sede de lo real. Ser lujosamente pobres supondrá reconciliarse con el rocoso materialismo al que la filosofía no debería haber renunciado nunca: con lo sucio y frágil del cuerpo, con sus humores en forma de besos y de sudor, con su frío en invierno y su calor en verano, y abrazar con jovialidad eso que el ángel de *El cielo sobre Berlín* sentía como la más inalcanzable nostalgia: saber lo que se siente habitando un cuerpo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBA RICO, Santiago (2017): *Ser o no ser (un cuerpo)*, Barcelona, Seix Barral.
- ALMAZÁN, Adrián (2021a): *Thanatia. Los límites minerales del planeta*, Barcelona, Icaria.
- ALMAZÁN, Adrián (2021b): *Técnica y tecnología. Cómo conversar con un tecnófilo*, Salamanca, Taugenit.
- ARENDETT, Hannah (1993): *La condición humana*, Barcelona, Paidós.
- DESCARTES, René (2006): *Las Pasiones del Alma*, Madrid, Tecnos.
- CHANCELL, Lucas *et al.*, (2022): *World Inequality Report 2022*, World Inequality Lab. <<https://wir2022.wid.world>> [02/11/2022].
- JAMESON, Fredric (1996): *Teoría de la postmodernidad*, Madrid, Trotta.
- MORUNO, Jorge (2018): *No tengo tiempo. Geografías de la precariedad*, Madrid, Akal.

2. <<https://www.curbed.com/2022/01/now-you-can-get-a-mortgage-in-the-metaverse.html>>.

- ORTEGA y GASSET, José (1982): *Meditación de la técnica y otros ensayos sobre ciencia y filosofía*, Madrid, Alianza.
- OXFAM (2020): *Combatir la desigualdad de las emisiones de carbono* (Nota informativa, 21 de septiembre de 2020). <<https://oxfamilibrary.openrepository.com/handle/10546/621052>> [02/11/2022].
- OXFAM (2022): *Las desigualdades matan* (Informe). <<https://oxfamilibrary.openrepository.com/bitstream/handle/10546/621341/bp-inequality-kills-170122-es.pdf>> [02/11/2022].
- PARDO, José Luís (2004): *La regla del juego. Sobre la dificultad de aprender filosofía*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- REINHARDT, Ad (1975), «Twelve Rules for a New Academy», en Barbara ROSE (ed.): *Art-as-Art: The Selected Writings of Ad Reinhardt*, New York, Viking, pp. 203-207.
- SAHLINS, Marshal (1983): *Economía de la edad de piedra*, Madrid, Akal.
- STEFFEN, Will *et al.* (2015): «The trajectory of the Anthropocene: The Great Acceleration», *The Anthropocene Review*, vol. 2, n. °1, pp. 81-98.
- VENTURI, Robert, Steven IZENOUR y Denisse SCOTT BROWN (1978): *Aprendiendo de Las Vegas: El simbolismo olvidado de la forma arquitectónica*, Barcelona, Gustavo Gili.

.....

LUIS ARENAS LLOPIS es profesor en el Departamento de Filosofía de la Universitat de València. Es fundador y miembro del grupo de investigación (Inter)sección de Filosofía y Arquitectura, del que forma parte desde su fundación en 2007. Fue además cofundador y director de la revista de filosofía *Anábasis* y de la colección de filosofía Mínimo Tránsito.